

menzar la lucha, que había de arremeter contra sus mismos camaradas de estudio del liceo de Berlín? A la capital alemana envió la baronesa de Lurceil á su hijo. Y allí estudió Raimundo cuatro años. ¿Cómo no simpatizar en ese tiempo con los muchachotes alemanes y con las gentiles berlinesas, que van con sus novios á suspiretear románticas junto al Rhin?

Saltarineó el corazón de Raimundo. Cercano á éste sonó un quejido. Sin ver á nadie, Lurceil exclamó:

—¿Quién se queja?

Escuchó la respuesta en alemán.

—¡Socorro! ¡Voy á morir!

Raimundo estremeci6se. ¡Un alemán! Pronto al odio, sustiy6le la compasi6n. ¿Qué culpa tenía el desdichado? Penosamente logró arrastrarse hasta el que demandaba misericordia. Raimundo le habló en alemán:

—Yo también estoy herido. Hasta que amanezca seguramente no vendrán en nuestro socorro.

El alemán seguía lamentador:

—¡Me muerdo! ¡Me muerdo!

Raimundo se aproximó á su compañero de amarguras. Era un oficial alemán. Buen mozo. ¡Lástima que la vida huyera por aquel enorme boquete que abrió la lanza de un coracero!

El alemán exclamó, clavando el mirar ag6nico en Raimundo:

—¡Un coracero, un coracero francés! ¡Y hablando en alemán!...

Comprendió Raimundo de Lurceil el rencor del alemán. Lleno de ternura para el que moría, exclamó:

—Sí. Un coracero francés que residió mucho tiempo en vuestra patria, para la que tendrá siempre cari6n. El culpable de nuestras desventuras es tan sólo el Kaiser.

Por la garganta del alemán sali6 rugidor el reto:

—¡Viva el emperador! ¡Mueran los franceses!

Sin cólera, con acento reposado y bondadoso, respondió Raimundo de Lurceil.

—No, amigo mío, no. Que vivan los alemanes y los franceses. Y que Dios perdone al Kaiser.

La negrura de la noche impidi6 que Raimundo viera cómo el alemán buscaba convulso lo que por fin encontró su mano: el revólver. Vibr6 la detonaci6n juntamente con el grito:

—¡Viva el emperador!

Raimundo de Lurceil, con el corazón roto por el fanatismo del alemán, sólo tuvo tiempo para balbucir, despidiéndose de la vida:

—Dios mío. ¡Perd6n para todos! ¡Y también para el Kaiser!

BENIGNO VARELA.

EL MINERO

....y va de cuento

Aquella tarde era sabádo, día en que cobraban sus haberes los mineros.

Cargados con los trajes del día de fiesta, descendían en grupos, por las asperas faldas de unos cerros situados al Este de un pueblo de esta provincia.

Todos marchaban alegres, pensando en el día siguiente que era domingo. Las monedas tintineaban dentro de los bolsillos.

La tarde estaba en sus últimos momentos, y en la ribera opuesta unos cerros vecinos erguían su perfil dentellado, echando sobre el valle una gran mancha de sombra.

Valentín el «tuerto», descendía solo, rebotando entre las peñas con unos grandes saltos, que contribuían á hacer más extraña su figura de amplios hombros y cabeza enorme.

Marchó así, hasta llegar á un sendero vecino, que conduce á la casilla de Teresa, en donde se detuvo azorado.

Allí se encontraba la muchacha sujetando entre sus sonrosados labios un manojito de pensamientos, mientras aprovechaba los últimos rayos de luz, para acabar un encaje.

La casa de Teresa, era un punto en donde se detenían la mayoría de los viajeros que por allí pasan, para beber algún trago de vino.

Al oír ruido Teresa volvi6 el rostro y distinguiendo al minero, hizo un gesto de disgusto.

Era Teresa una moza fuerte, de grandes calderas y con el rostro moreno por los besos del sol y del viento.

—¿Qué me miras?—dijo la muchacha.

—¿Qué he de mirar! Te miro á tí. ¿Acaso te doy miedo?

—A mi nadie me da miedo; pero tu me molestas, me fastidias, en una palabra; no me es simpática tu presencia: ¿Lo has entendido?

El minero dijo esto con cierto rencor y envidia:

—Sí, yo te fastidio y mi presencia no te será simpática, pero la de Clemente.

—Sí, es verdad que le quiero ¿y á tí que te importa?..

El «tuerto», contestó resignado, y con la cabeza baja:

—Me importa, porque te quiero más, mucho más...

Se levantó Teresa de la silla donde se encontraba sentada, y con su genio alegre amigo de bromas, respondió:

—¡Que hemos de hacer, hombre! si Clemente no hubiera llegado antes...

Reverberaron los ojos del «tuerto» con un des-